



ANA MARÍA DÁVILA

A golpe de *email* primero, y de *whatsapp* después,

internet ha mandado definitivamente al olvido la correspondencia personal escrita. Relegadas apenas a un ejercicio de nostalgia, las cartas han dejado de circular por las entrañas del servicio que, durante siglos, hizo posible que viajaran de un extremo a otro del mundo.

Pero Correos se niega a morir. Al contrario, se adapta a los nuevos tiempos, tal como ha venido haciendo desde sus orígenes. Y esa historia de empecinado y tenaz servicio al público es la que Antonio Aguilar, licenciado en Geografía e Historia y funcionario de Correos desde hace 30 años, ha querido contar en su libro *Cartas i carteros. Una història del correu postal a Barcelona* (Albertí Editor).

Según su autor, el libro quiere ser «una puesta en valor de un tema tan cotidiano, del que sabemos muy poco. A lo largo de la historia, el correo ha jugado un papel fundamental como elemento cohesionador del territorio, pero incompresiblemente todo esto está muy poco estudiado». Él sí lo ha hecho. Empezó con una ponencia en un congreso y acabó en forma de tesis para su doctorado en Geografía Humana. El libro es un destilado de toda esa información, tratada de forma distendida y amena, incluyendo anécdotas y curiosidades, para poder llegar a todos los públicos.

En la publicación, Aguilar indaga en la historia de todos los elementos vinculados al correo postal, empezando por las propias misivas y su evolución a lo largo del tiempo; los lugares donde se entregaban –buzones y oficinas de correos–; los hombres y mujeres que las transportaban –carteros y carteras–; y los medios por los cuales llegaban a su destino –correo terrestre, marítimo y aéreo–.

Aguilar reseña que los orígenes del correo postal en Barcelona se remontan a la Edad Media y que hacia 1390 se formaron los primeros gremios que fijaron su sede en la pequeña capilla situada en el antiguo camino que salía de las murallas en dirección a Francia. El edificio aún existe, en el número 2 de la calle de Carders, en el Born.

A partir de ahí se inició una historia en la que la correspondencia empezó viajando a pie, luego a caballo. Los primeros carteros no surgieron hasta el siglo XVIII, cuando el correo pasó a ser administrado por la Corona. Hasta ese momento las cartas llegaban un día determinado a la semana, según su procedencia, y los barceloneses acudían masivamente al punto de recogida, por si había algo para ellos o simplemente para enterarse de las noticias que



Imágenes históricas de 'Cartas i carteros': un cartero consulta el buzón del tranvía, una postal de Navidad y una niña leyendo una carta.

NOSTALGIA

UNA HISTORIA DE CARTAS Y CARTEROS

Un libro del historiador Antonio Aguilar recoge la historia del correo postal en Barcelona como reivindicación de un servicio público poco estudiado, de un pasado que se remonta a la Edad Media.

transportaban aquellas misivas, que muchas veces se leían en voz alta. Un *telenoticias* cualquiera, vamos. «El punto de encuentro de la gente era alrededor de correos, porque iban allí a escuchar las noticias. Ese vínculo hizo que muchas cabecezas de periódicos incorporaran la palabra *correo*. Pero, de nuevo, esos espacios públicos aún no se han estudiado lo suficiente como espacios de sociabilidad», explica el autor.

Inicialmente, los carteros debían conocer las señas de todos

los vecinos de su barrio, ya que los nombres y los números de las calles no se fijaron de manera estable hasta el siglo XIX, aunque muchas cartas siguieron llegando sin más señas que el nombre del destinatario y la ciudad. Hasta bien entrado el siglo XX, Correos disponía de personal especializado –carteros sabios, los llamaban– encargados de descifrar auténticos jeroglíficos. Como éste, por ejemplo: Ppsache sns gra Na. Solución al acertijo: Pepe Sánchez, Cenes, Granada.

«Ahora damos por sentadas muchas cosas, pero hasta hace cuatro décadas mucha gente no sabía leer ni escribir», recuerda Aguilar, que también recoge en su libro la huella de los amanuenses de Las Ramblas. «Durante muchos años y, sobre todo en ciudades como Barcelo-

na, el correo hizo posible que la inmigración mantuviera el vínculo con sus lugares de origen. Luego, cuando el teléfono llegó a las casas, todo eso comenzó a cambiar».

La aparición de internet acabaría por cerrar el sobre. Pero Aguilar cree que lo que se vive ahora es «un momento de transición. Es cierto que las cartas prácticamente han desaparecido, pero a raíz del incremento de la venta *on-line* lo que ha crecido de forma brutal es la paquetería y la estructura de correos se está adaptando a ello», explica al autor.

Eso sí, lo único que lamenta Aguilar es que, con la desaparición de las cartas, «los historiadores perderán información personal de los personajes famosos. Con la electrónica todo es más efímero».

Los carteros debían conocer las señas de todos los vecinos del barrio, ya que los nombres y números de las calles no se fijaron de manera estable hasta el siglo XIX.